

# Babel y Frida

## MARÍA ROSA PALAZÓN

La venadita de cornamenta esplendorosa de nuevo estalló en llanto. Agua salada y corrosiva.

Antes, con sus lágrimas, enredó el milenarismo con que salieron de Creta el Minotauro y Pasifaé, Teseo y Ariadna, Fedra y Minos. También el amo-esclavo barbicano, el joven pájaro que, como sus ancestros, aún lleva los pies enredados en cáscara de huevo, la madre invisible que arrastra a una de sus crías, no ambas, y la mal llamada Antígona de manos amoratadas –ahogó a su madre para desenterrar a su padre-marido– jaguar y cantor.

Uno a uno abandonaron las lóbregas y laberínticas habitaciones palaciegas, sus cuevas imaginarias. Tomando el mismo acuoso hilo, se encaramaron para ir ocupando los pisos de Babel. Creían entenderse pero nadie entendió nada. Sus palabras no dicen nada, sonido puro que no enternece como los pájaros en el crepúsculo.

La torre en espiral fue llenando sus rincones. Se miraba fuerte, capaz de resistir vendavales y nubes tormentosas. Pero lo habitaron caínes hipócritas, patriarcas asesinos, víboras hinchadas que minaron Babel hasta reducirla a una pesadilla demoníaca. Aún la recorren sin hablar, perdidos en tanta extensión de galerías carcomidas por el fuego.

Tras un atado de treinta veces cincuenta y dos años, los vecinos incomprensibles e incomprensibles de aque-

lla torre, dieron con el divertimento de aventar flechas llenas de venenoso desprecio a la venadita parálitica, sorda, bigotuda y con una asombrosa cornamenta de papel, a la cual los suspicaces babelianos atribuyeron poder, quizá influidos también por el porte erecto del animalito.

Mucho se divirtieron Teseo y Ariadna, el Minotauro y Pasifaé, Fedra y Minos, la llamada Antígona, hija unigénita de madre con varias crías, el jaguar esmirriado, el barbicano y el pájaro que se empollaba a sí mismo, cuando se conjuraron en la llamada, por antífrasis, Santa Hermandad. Su meta, acabar los sueños de poder que simbolizaba aquella cornamenta.

La venadita, que nunca ascendió a Babel, caminando en llano, bajo la luz ciega de Tiresias, se percató de que transitaba por un campo de tiro. Buscaba en sus heridas la ternura de su corazón desconsolado. Su cuerpo era la diana. Al verse flechada, se pintó con una cornamenta más grande, de pie y altiva. Era tarde para su dolor. El insano café del cielo trastornado la movía a pena. Inmediatamente tejó otra madeja con su raudal de lágrimas corrosivas. Al finalizar lo que faltaba de aquel atado de años, terminó su mortaja.

Con el primer trenzado-araña de la travesti venadita, el patriarca Caín aún baja con el carcaj vacío para subirlo lleno de flechas a la espiral. Las venadas de arriba apuntan a cualquier venada, con y sin cornamenta, que, en el llano, aumenta la importancia de su porte.

Algún día nadie podrá bajar la Torre de Babel. Únicamente se salvarán quienes tejen como arañas y se conduelen invocando a la venadita flechada, sorda, cejjunta, bigotuda y con una cornamenta de espina. Un poeta comprendió, sin saberlo, sus penas: “llorando te buscas; has dado y te has perdido. Y has ganado la soledad del amor, la espina triste que se clava, ya eterna, en tus entrañas.” ■